

quial Tuitrense. En todos estos milagrosos sucesos quedaron íntegras las Hostias consagradas, y por ellos confirmáronse en la fe los espectadores.

Artículo VII.—Los instrumentos músicos apoyando el dogma del Sacramento del Altar

1. En la villa de Cracovia, provincia de Mecklemburgo (Alemania) unos perversos judíos, para satisfacer su satánico odio contra Jesucristo, robaron un copón con las sagradas Formas. Para conseguir aquel objeto retorcieron algunas hostias, á otras mordieron ó despedazaron con los dientes, acocearon otras y las restantes las desparramaron por el camino, con objeto de que las pisaran los fieles. Notificáronse esta suerte de sacrilegios al cabildo de Gustrow, el cual ordenó, que, ayunando el clero, pidiese con humildad y confianza á Dios el hallazgo del Santísimo Sacramento. Sin embargo, antes de obtener la petición, pudieron averiguar quiénes eran los fautores de tanto crimen. Halláronlos: y, confesando éstos sus propias maldades é, indicando el lugar donde habían arrojado las sagradas Hostias, fueron en busca de las mismas, el clero y el pueblo. Pero, ¿quién las podía encontrar todas? Los que por allí habían transitado, el viento, el polvo del camino, eran más que suficientes para hacerlas desaparecer. No obstante, con la confianza en el Señor y por inspiración suya, cogieron un clarín y al hacer vibrar su hermosa voz aparecían las santas Hostias. Multiplicábanse los prodigios y á su vista crecía la concurrencia que bendijo al Altísimo. Reconocidos á tanta maravilla los ciudadanos de aquel lugar, construyeron una capilla en honor y testimonio de la Eucaristía. Los autores de tanta perfidia murieron en especiales tormentos.



CAPÍTULO XV

Continúa el asunto de los dos capítulos anteriores, juntamente con la inclusión de algunos otros diversos prodigios

SUMARIO

Artículo I.—Los animales irracionales confirmando la Eucaristía.

1. La ovejita de S. Francisco.—2. La custodia de Oliva, encontrada por el labrador.—3. La Hostia sobre el heno.—4. La Eucaristía arrojada al jumento.—5. Los bueyes postrados ante el Sacramento.—6. El pastor indiscreto.

Artículo II.—Las aves y las abejas adorando la Eucaristía.

1. Las abejas en derredor del Sacramento.—2. El Sacramento en la colmena.—3. El colmenero extasiado.—4. El Beato Nicolás Factor y las avecillas.

Artículo III.—Las inmóviles efigies publicando el dogma Eucarístico.

1. La imagen del Niño Jesús, de Alcoy.

Artículo IV.—El viento ha reconocido el Misterio de la Eucaristía.

1. El robo sacrilego de Turín.—2. El Beato Nicolás Factor en la procesión del Corpus, de Chelva.

Artículo V.—Los muertos han testificado ser positivo el dogma del Sacramento del Altar.

1. La confesión del monje Pelagio.—2. Las señoras enterradas.—3. Los difuntos del Convento de la Murta.—4. El aparecido en Alesio.

Artículo VI.—Los mismos espíritus malos han asentido al dogma de la Eucaristía.

1. Los raros jóvenes catalanes.—2. Los demonios en hábito dominicano.—3. La posesa.

Artículo VII.—La salud lograda mediante el Santísimo Sacramento, es prueba evidente de la veracidad de este Misterio.

1. El milagro de la Rochela.—2. Santa Catalina de Génova.—3. Un prodigio durante la procesión del Corpus en Bruselas.

Artículo VIII.—La necesidad que tiene el hombre del alimento corporal, prueba en los que no lo hubieron menester por mucho tiempo la realidad del dogma de la Eucaristía.

1. Los siervos de Dios.

Artículo IX.—El Espíritu Santo ha declarado visiblemente que Jesucristo se halla realmente en el Sacramento del Altar.

1. S. Aimón.—2 y 3. S. Malaquías.

Artículo X.—Otros insignes prodigios confirman la existencia de nuestro dogma Eucarístico.

1. Una carta de Inocencio III.—2. El caballero de Provenza.—3. La santidad de los que comulgan con buenas disposiciones.

Nos haríamos interminables si pretendiésemos referir todos los portentos que el Omnipotente ha obrado en confirmación del dogma eucarístico. Son tantos y tan magníficos, que leer ú oír uno solo, hace que el corazón más empedernido se ablande y que el alma más indiferente se enervore en el servicio de un Dios que comprueba su doctrina con hechos en realidad tan asombrosos. Á la verdad, ante un milagro como los que hemos referido y de los que en algunos quedan aún vestigios, ¿qué incrédulo no se desasirá de su error? ¿qué cerviz más arrogante no se humillará? ¿qué católico no se abracará en el divino amor? Yo por mi parte, confieso, que si para creer los dogmas de fe no me moviera la autoridad infalible de la Iglesia Católica, me movería la relación de uno de los mencionados prodigios, con tal que me probaran que el hecho fué cierto como fueron ciertos los referidos. Por eso tengo especial placer en narrarlos, particularmente, siendo tan notables.

Artículo I.—Los animales irracionales confirmando la Eucaristía

1. Los mismos irracionales han dado culto al Santísimo Sacramento. Anteriormente quedó mencionado el raro prodigio efectuado por intercesión de S. Antonio; ahora vamos á referir uno que se cuenta en la vida de Nuestro Padre S. Francisco. Tenía este bendito santo una ovejita que la llevaba con frecuencia á su lado, tan obediente á lo que se le indicaba que semejaba los primitivos tiempos de la crea-

ción cuando los irracionales estaban sujetos á nuestros primeros padres. Á pesar de la caída del hombre, fué concedida sin embargo esta prerrogativa al seráfico fundador. Cuando éste iba á coro, seguía la ovejita, y al pasar por delante de una imagen de María Santísima, inclinaba la cabecita, cual lo hacían los religiosos cuando por allí pasaban. Semejante costumbre practicaba también cuando se hacía la señal para oír misa; entonces el manso irracional entraba en la iglesia y estaba quieto y silencioso; pero llegaba la hora de la consagración y al alzar la santa Hostia, como si estuviera dotado de razón, se postraba en tierra y adoraba á Jesucristo Sacramentado. Este prodigio sucedía casi diariamente, y de él debemos aprender todos. Puesto que somos racionales debemos con más justicia postrarnos en el suelo y adorar al Dios Sacramentado. ¡Lección terrible para los malos cristianos, y argumento concluyente contra los herejes! (1).

2. Había sido escondida la Custodia del Santísimo juntamente con la sagrada Hostia, en una de las huertas inmediatas al exconvento de franciscanos de Oliva (Valencia). Nadie sabía, ni podía venir en conocimiento del lugar donde se hallaba el santo depósito. Pero cierto día, el agricultor de aquella huerta, caminando hacia la misma con intención de ararla, notó que al llegar la bestia á cierto sitio se arrodilló bruscamente. Prorrumpió en gritos el buen hombre para que se levantase. Obedeció ella y empezó el surco, pero al llegar al lugar de antes se postró de nuevo. Arremetióla el labrador y así anduvo varias veces, arrodillándose siempre en el mismo lugar. Conociendo su dueño que las postraciones de la bestia indicaban algún suceso maravilloso, cavó la tierra y halló la resplandeciente Custodia del Augusto Sacramento. Bien puede figurarse el lector cuál sería el indecible gozo que el feliz agricultor tendría al ver en sus manos aquella preciosa margarita. Llamó al Sr. Cura y, con solemne procesión, la devolvieron al templo. Después edificaron un monumento en el lugar del prodigio, el cual sir-

(1) In vita S. Francisci.

ve hoy de testimonio del milagro y de recuerdo para la posteridad.

3. Se refiere en el Promptuario que, (1) disputando un hereje con un obispo católico sobre la real presencia de Cristo en la Eucaristía, y no queriendo ceder aquél á las razones de éste, vino por último á prometer el hereje, que puesta una Hostia sobre el heno, si no era tocada de las bestias, creería en este dogma. Accedió el prelado á la propuesta, y en efecto, colocaron la santa Hostia del modo referido; soltaron un caballo, un buey y un jumento para que comieran del heno; mas, ¡oh prodigio! al llegar al pesebre se arrodillaron los tres brutos, reverenciando á la Divina Hostia y haciendo menos caso del heno. Visto lo cual por el hereje, se arrodilló, adoró á Jesucristo y se convirtió á la Religión Católica.

4. Otro perverso hereje, para irrisión de la Santísima Eucaristía, cogió una Hostia consagrada y la arrojó á su jumento, colocándola encima del pienso. Inmediatamente el bruto se arrodilló y adoró el Sacramento (2).

5. Unos diestros ladrones robaron de noche en la villa de Komele, la Custodia con el Santísimo Sacramento. Por miedo á la justicia, la condujeron á un campo que estaba aún por arar. Justamente al día siguiente fué el labrador á arar la tierra con un par de bueyes, los cuales, al llegar al lugar del santo Depósito, se hincaron de rodillas y no quisieron pasar adelante por más que instase el agricultor. Descubrió entonces éste la Custodia y, dando aviso al párroco, la condujeron solemnemente á la parroquia (3).

6. Hubo un pastor muy cristiano, pero al propio tiempo indiscreto, que, no pudiendo asistir los domingos á la santa misa, un día que recibió la sagrada Comunión, tomó parte de la Hostia y la colocó en un hueco del cayado que había labrado á propósito. Llegaban los días festivos y el pastor, con toda la devoción posible, cual si estuviera en la

(1) Discípulo, letra E, ejemplo 31.

(2) Bleda, milagro 108.

(3) Cesario, lib, 9, cap. 7.

Casa de Dios, se hincaba de rodillas ante la sagrada Hostia, rezaba el rosario y otras oraciones y de este modo santificaba el domingo. Como cierto día anduviesen desparramadas sus reses, deseó coger el cayado para arrojarlo con violencia á una de ellas, mas el cayado no sólo se hizo pesado, antes bien se hundió en la tierra; en el mismo instante acudieron todas las ovejas y se arrodillaron en derredor del cayado. Pasmado el incauto pastor, avisó al párroco, quien participó el suceso al Obispo, y ambos fueron en solemne procesión al lugar del milagro para llevar el Señor á la iglesia.

Artículo II.—Las abejas y las aves adorando la Eucaristía

1. Penetrando ciertos perversos ladrones en un templo, robaron, entre otros objetos, una preciosa Custodia que contenía el Santísimo Sacramento. Huyeron después á un monte cercano con el fin de repartirse las alhajas, mas no sabiendo qué hacer de la sagrada Hostia (pues mientras que unos la querían quemar, otros deseaban reducirla á menudos trozos ó arrojarla en lugar oculto) determinaron lo último, á cuyo efecto la lanzaron con desdén en una cavidad del monte, sitio en que las abejas fabricaban un rico panal de miel. Dios Nuestro Señor no quería que tan alto Sacramento habitase en lugar tan asqueroso, por lo cual obró el prodigio siguiente: Hallábase de noche un pastor guardando su ganado, cuando he ahí que vió arder los alrededores del lugar donde estaban las abejas. Dió poca importancia al caso, mas en la siguiente noche vió repetirse la misma escena. Asombróse, pero, sin atreverse á subir al sitio del incendio, dejó pasar la noche y el día siguiente. En la noche de este día, admiró con bastante extrañeza que ardían sobre manera los mismos lugares, por lo cual, no pudiendo contenerse, se acercó á ellos y vió que las abejas andaban en forma de coro revoloteando al rededor de cierta cosa blanca, que después, por la atención que puso en ella notó ser una Hostia. Las abejas habían levantado á su modo un altar colocando la santa Forma en su parte más alta y producían mucho ruido, cual si cantaran alabanzas á su Criador. El

pastor corrió á la villa para noticiar el prodigio al señor cura, quien, enterado del suceso, ordenó una suntuosa procesión que condujo la santa Hostia á la iglesia.

2. Otros dos prodigios semejantes cuentan S. Antonino y Cesario. Refiere el primero (1) que cierto rústico deseaba hacerse con mucha miel, para lo cual se dejó engañar de un hechicero que le dijo:—Guarda el Sacramento cuando vayas á comulgar y luego lo arrojas en la colmena; verás entonces cómo todas las abejas de los demás colmenares pasarán á la tuya.—El miserable idiota lo efectuó así, mas llegado el tiempo de castrar las colmenas hallólas vacías. Observó además la en que había arrojado la Eucaristía y notó que las abejas estaban al rededor de la Hostia, produciendo consonancias que más bien parecían cantares angélicos. Quiso abrir la colmena para verla mejor, pero al instante salieron con ímpetu las abejas y se arrojaron sobre él, causándole muchísimas heridas. Rindióse el rústico y, exclamando ¡milagro! ¡milagro! notició al cura, el cual condujo al Señor al templo.

3. El prodigio que refiere Cesario es como sigue: (2). Un rústico por idénticos fines que los anteriores cogió la santa Hostia con que había comulgado y fué á arrojarla en una colmena, pero en ocasión tan desgraciada que se le cayó al suelo. Salieron las abejas y comenzaron á cantar y á ponerse en derredor de la Hostia sagrada. Enojado el rústico contra semejantes insectos por cuya codicia había cometido tamaño sacrilegio, arrojó gran cantidad de agua en la colmena y mató las abejas. Revolvió los panales para observar el estado de la Hostia, pero, ¿cuánta no fué su admiración al contemplar un hermosísimo Niño que había ocupado su lugar? Mas, juzgando que estaba muerto, fué á cogerle para enterrarle en el cementerio, y desapareció de sus manos. Este caso lo contó el rústico al cura, quien lo refirió al Obispo, el cual lo participó á Pedro Cluniacense, de cuyos escritos lo hemos tomado (3).

(1) Teolog. 3 p., tit. 12, cap. 7, § 2.

(2) Lib. 9, cap. 8.

(3) Lib. I miraculorum, cap. I.

4. Cierta día el Beato Nicolás Factor llevaba el Santísimo Sacramento, y muchas avecillas se pusieron en derredor del Viril, cantando dulces trinos á su Creador.

Artículo III.—Las inmóviles efigies han publicado la realidad del dogma Eucarístico

1. Refiramos un hecho notabilísimo y tierno á la vez, que patentiza la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía: En la ciudad de Alcoy, provincia de Valencia, sucedió que cierto sujeto robó de una de las iglesias la Custodia que contenía el Santísimo Sacramento. Escondióla debajo de un paño que llevaba para el efecto, y, caminando en dirección á su casa, notó que todas las personas que pasaban por su lado se arrodillaban. Ciertamente éstas no ejecutaban en realidad tal ceremonia, pero el Señor dispuso que así se le representase á sus ojos corporales. Llegó tembloroso á su casa é inmediatamente escondió la Custodia en un gran montón de leña que poseía en su corral junto al estiércol. Sospechó la justicia que este sacrílego habría perpetrado el hurto y se dirigió á su casa. No pasaron muchos momentos sin que se averiguase que él lo había robado, ni sin que se supiese en qué lugar de la casa lo había depositado; pues una imagen del Niño Jesús, que ahora llaman del milagro y que tenía el dedo de la mano derecha en dirección hacia arriba, al entrar la autoridad en aquella casa lo dirigió hacia el referido montón, al que, volviendo la vista los agentes de la justicia, advirtieron que salía de su parte inferior un gran resplandor. Casi convencidos del hallazgo, se dirigieron á este lugar y, mirando por los resquicios que daban paso á la extraordinaria luz, hallaron la Custodia con el Sacramento.

Artículo IV.—El viento ha reconocido el Misterio de la Eucaristía

1. Refieren las historias eclesiásticas, que en Turín hubo un ladrón que, entrando en una de las iglesias de la ciudad, hurtó del sagrario el copón que contenía el Santísimo Sacramento. Metiólo dentro de un áspero saco y, colocándolo sobre su jumento, comenzó á caminar tranquilo co-

mo si nada hubiese ocurrido. Pero el Altísimo que vela por su honor, quiso valerse de semejante sacrilegio para confirmar por medio de un milagro la real presencia de su Divino Hijo en la Hostia consagrada. En efecto, al pasar por una de las plazas concurridas de Turín, en dirección al lugar donde le guiaba su diestro ginete, paróse el jumento, y desatándose el saco, dió paso á la sagrada Hostia, la que, elevándose á bastante altura, permaneció en tal disposición algunas horas, dando tiempo para que toda la ciudad admirara el prodigio. El Obispo de ella ordenó una solemnísima procesión para conducir la sagrada Hostia á la catedral, á cuyo efecto acudió el clero, la nobleza y el pueblo. Llegados al lugar del portentoso, el venerable Obispo, que llevaba un copón para que el Señor se dignase depositar en él la Forma consagrada, hizo oración, y, levantando el sagrado vaso, admiraron todos que la Hostia bajó de donde estaba y se colocó dentro de él. Entonces, entonando himnos de alabanza y de regocijo, llevaron á Cristo Sacramentado á la catedral donde, como en su propia casa, le depositaron. En reconocimiento á la bondad del Eterno, la ciudad de Turín levantó una magnífica Iglesia á honor del Cuerpo y Sangre de Jesucristo.

2. Residiendo en Chelva el bienaventurado Nicolás Factor, fué suplicado por el párroco á que llevase el Santísimo Sacramento en la procesión general del día del Corpus. Accedió gustoso el Beato, y, cuando llegó á la mitad de la carrera, se elevó juntamente con la Custodia que llevaba, permaneciendo mucho tiempo en semejante arrobamiento. Todos los asistentes á la procesión fueron testigos oculares del prodigio, quienes asimismo esperaron á que bajase el santo para poder proseguir la procesión augusta. En Chelva quedan aún vestigios de este extraordinario suceso.

Artículo V.—Los muertos han testificado ser positivo el dogma del Sacramento del Altar

1. Aunque el prodigio que ahora voy á insertar pertenece más al asunto de las comuniones sacrílegas, no obs-

tante quiero incluirlo aquí, para que vean los incrédulos que, aun suponiendo el que Jesucristo no estuviese en la Hostia consagrada, sin embargo, hay en Ella algo más que pan. Hubo un solitario, llamado Pelagio, con gran fama de santidad, que habiendo dado acceso á cierta tentación impura, consintió á ella con la voluntad solamente. Lleno de remordimientos, encontrábase completamente afligido, cuando he ahí que un anciano venerable se le presentó y le dijo:—Pelagio, haz penitencia de tu pecado y te salvarás.—El solitario no se atrevió á confesar su pecado, antes bien se resolvió á entrar en un monasterio de la Orden de S. Benito, en el cual practicaba terribles penitencias. Todos los religiosos le tenían por gran santo. Murió por fin sin confesar su pecado, y los religiosos le enterraron en especial lugar; pero ¡oh juicio de Dios! cuando el hermano sacristán, en la noche siguiente, iba á llamar á coro, vió que el cadáver de Pelagio estaba insepulto. Volviólo á sepultar sin llamar la atención de nadie, pero repitiéndose á la mañana siguiente la escena de la anterior, creyó oportuno avisar al abad, quien, aterrizado al verle de aquella manera, mandóle en nombre de Dios le dijese lo que deseaba. El cadáver, dando un lastimoso quejido, exclamó:—¡Oh infeliz de mí! que por callar en la confesión un pecado que cometí en mi juventud, estoy para siempre ardiendo en el infierno.—Al oír esto, acercóse el abad al cadáver y vió que estaba como si fuera un ascua de hierro ardiendo, y todo asustado pretendía marcharse, cuando el monstruo le dijo:—No te asustes, Padre, antes bien, mira lo que tengo sobre la lengua.—Apareció entonces en los labios de aquel desgraciado la santa Hostia que poco antes había recibido por Viático. Cogióla el abad, de aquel inmundo lugar y la puso en el tabernáculo. Dios Nuestro Señor no quería habitar en un corazón corrompido por el pecado, disponiendo que, antes de quedar el cuerpo sepultado, extrajesen de él su Santísimo Cuerpo. Terrible lección para los que no se preparan debidamente á recibir la Comunión del Señor y admirable ejemplo que nos enseña la santidad del Augusto Sacramento. Finalmente el desdichado